CAPITULO V.

De los milagros que se han hecho con reliquias de su cuerpo, y con los pañitos teñidos de la sangre.

Muchos son los milagros que ha habido, y cada dia los hace el Señor nuevos, por muchas vias, con el deseo que tiene de honrar á quien tanto le honró y tan fielmente le sirvió. Dejaré cosas mas menudas, y diré los mas principales, y que mas claramente se muestran ser milagros, y para reducirlos á alguna órden, me parece repartirlos en cuatro capítulos. En el primero se pornán los que se han hecho con cosas de su cuerpo, como con el mismo cuerpo, ó la mano, ó la sangre. En el segundo los que se han hecho con reliquias de sus vestidos. El tercero los que se han hecho con su imágen. En el cuarto los que se han hecho por encomendarse á ella, sin haber otra cosa ninguna mas, aunque muchos, ó casi todos, los otros se han hecho tambien encomendándose á la misma Madre; pero ahora hablo de los que solamente se han hecho por medio de la oracion. Los milagros que el santo cuerpo hizo antes de sepultarle, no será necesario decirlos aquí, pues quedan ya dichos en el capítulo postrero del libro tercero, adonde se trató de su muerte y sepultura, y por eso diré solamente los que se han hecho despues.

El Padre Baeza, fraile de san Francisco de Alba, tenia un oido que le manaba materia, y oia mal dél, y fué un dia des-

pues de vísperas al Monasterio, y con mucha fé llegó á su oido el santo brazo, y aquella misma tarde se le sanó del todo de lo uno y de lo otro; y contándolo de allí á algunos dias, daba mucha priesa que se tomase por testimonio, como muy claro milagro.

Francisco Gomez, carpintero, vecino de Alba, estuvo mas de mes y medio tan malo de los ojos, que no podia hacer nada, y con las muchas medicinas que le hicieron le pusieron peor, porque le dió tan gran dolor, especialmente en el uno, que (como él dice) mas le parecia rabia que dolor. Estando con este trabajo llegó al torno de las Descalzas de la dicha villa, pidiendo que le encomendasen á Dios, y le diesen alguna reliquia de la Madre Teresa de Jesus. La portera le dijo que en aquel punto estaban en la iglesia mostrando el brazo de la misma Madre, que fuese allá luego, y que pidiese se le pusiesen sobre la cabeza y ojos. Hízose así, y (como él ahora lo confiesa) al punto que le tocaron sintió mejoría, porque se le quitó lo recio del dolor, y de allí á cinco ó seis dias fué á trabajar en su oficio, bueno ya del todo, sin haberse hecho otra cosa alguna. Y el que antes estaba con miedo de cegar, ahora dice que por los merecimientos desta santa le han quedado los ojos muy claros y buenos.

En el Monasterio de las Descalzas de Lisboa habia una novicia que en toda su vida habia olido, ni sabia qué cosa era olor bueno ó malo. Un dia la madre Priora María de san José, estando todas las hermanas juntas, sacó la mano que ella tenia de la Madre, como arriba he dicho, y fué tan grande la suavidad del olor que della salió, que todas se enternecieron, y sintió cada una particular novedad en sí de la suavidad, y comenzaron alabar á Dios. La novicia, congojada de no gozar de lo que gozaban las demás, tomó la santa mano, y llególa á las narices, diciendo: Por cierto, Madre mia, no tengo de quitar de aquí vuestra mano hasta que sienta lo que mis hermanas, para que con ellas alabe al Señor. Y en ese punto comenzó á decir que la subia por las narices un humo caliente que se las

abrió, y olió la mano, y cobró aquel sentido, y para prueba desto la trajeron diferencias de olores, y decia cuál era bueno ó malo, y siempre se le ha quedado.

A la misma hermana, ya profesa, la dió una noche, estando todas reposando, un accidente tan recio, que se hacia pedazos, y no bastaban á tenerla tres ó cuatro hermanas. Decia que la parecia que la quebraban los huesos, y la arrancaban el corazon. Pareció ser esto del demonio, porque jamás habia tenido cosa que á esto se pareciese. Estando todas suspensas y congojadas con aquella novedad, trajeron la mano de la Madre, y se la pusieron, y al punto que la tocó quedó luego libre, como si nunca hubiera tenido mal ninguno.

Al mismo Monasterio se recogieron por mandato del Príncipe Cardenal unas monjas flamencas, que habian pasado grandes trabajos entre hereges, y estaban allí hasta que se les diese casa propia. Entre ellas habia una castellana, Catalina del Espíritu Santo, hija de don Luis Carrillo, y sobrina del Cardenal Granuela, por parte de su madre, y habia mas de veinte años que ni un dia solo habia tenido libre de dolor de estómago, y así ni comia casi nada, ni la quedaba casi cosa en el estómago, y desto daban testimonio sus compañeras, y la gran flaqueza que ella tenia. Trajéronle la mano, y pusiéronsela en el estómago, y así como se le puso, dióla un dolor tan grande, que no le podia sufrir, y luego se le quitó, y quedó del todo sana sin haberla vuelto mas. Y para prueba desto comia delante de sus compañeras de manjares que sabian ellas que la solian hacer grandísimo daño, y no la hacian ya ninguno.

Sale desta santa mano siempre muy buen olor, mas no siempre de una manera, sino mas y menos, y segun las fiestas, y desto hay grande esperiencia; pero cuando por ella se ha de hacer algun milagro, sale con mayor fuerza y suavidad. Uno grande se vee en ella, que en llegando á ella alguna cosa olorosa, luego esta cosa pierde el olor que tenia. Desto se hizo esperiencia en presencia de don Alonso Coloma, inquisidor de Lisboa, y de algunos caballeros de la cámara del Príncipe

Cardenal. Tomaron con la punta de un cuchillo un poco de algalia, y con tener olor tan fuerte y que tanto se pega, en refregándola en la santa mano, luego quedó sin olor. La Priora, que tiene agudo entendimiento, deseó saber si venia aquello de alguna causa secreta, que se perdiese aquel olor por llegar á cosa muerta. Informóse de un médico de su Alteza, y respondió que nó, sino que antes para que estas cosas olorosas se conserven, las ponen en los sepulcros de los muertos que mas mal huelen. Dióle al médico deseo de hacer tambien él prueba desto, y sacó unos guantes que traia de ámbar, muy olorosos, y metiendo la mano santa en ellos, quedaron del todo sin olor. Y otro dia que volvió á visitar á una enferma los tornó á mostrar como estaban aun sin él. Esto no se puede ya probar, porque está metida dentro de una mano de plata, y no se vee sino por unos veriles, y por ellos aun sale todavía un suavísimo olor. Hay en aquella ciudad mucha devocion con ella, y pídenla muchas personas graves en sus necesidades. A dos señoras la han llevado despues de lo dicho, que estaban de parto con gran aprieto, y luego parieron, y la una dellas, como ella despues lo certificó, sin ningunos dolores.

En la misma ciudad habia un caballero que por sospechas que el demonio le debia de haber puesto de su mujer, estaba determinado de matarla una noche, y el dia antes fué al Monasterio de las Descalzas, y vino á declarar la congoja y mal pensamiento que traia. La Priora le rogó que no fuese aquella noche á su casa, sino que se quedase en el Monasterio de los Padres Descalzos de la misma Orden, para que le consolasen y aconsejasen en lo que habia menester. Viendo la Priora que él no salia á ello, ni su ira se aplacaba, ni se le quitaba el mal deseo, saca la mano de la Madre, y pónesela sobre el corazon, y quitósele aquel mal deseo, y quedó sosegado y bueno.

En el Monasterio de las Descalzas de Sevilla, habia una monja llamada Isabel de san Gerónimo, que despues llevaron á Lisboa por Supriora, y tenia una enfermedad que la solia dar muchas veces, y poner en mucho trabajo, y á veces estaba

tullida de un lado, que, si no la meneaban, no se podia revolver. Y un dia de san Miguel dióla tan recio y con tan gran dolor en un brazo, que en mas de veinte y cuatro horas no dejó de quejarse, ni le podia menear, ni mudarse de un lado á otro en la cama por dos ó tres dias. Acertó entonces á estar allí el Provincial, que era el Padre Maestro Fray Gerónimo Gracian, que llevaba un dedo de la santa Madre, y hácela poner el dedo encima, sin saber ella ni las demás que fuese de la Madre. En el punto que el dedo llegó á la mano de la enferma, la meneó, quedando maravillada de la ligereza con que luego sintió subir por el brazo arriba la virtud de aquella santa reliquia. Y así se le fué poniendo por todo el lado tullido, y quedó libre y sana hasta hoy dia, que jamás le ha vuelto, y ha mas de cinco años que esto pasó.

Por Medina pasó el Padre Presentado Fray Juan de las Cuevas, de quien ya otra vez he hablado, y visitó á la Priora de las Descalzas, y mostróla un pedazo de dedo que traia de la santa Madre por reliquia. Ella le pidió licencia para mostrársele á las demás hermanas, y una dellas, llamada Juana del Espíritu Santo, en quien ya se habia hecho un milagro, como diré en el capítulo siguiente, tornando á sentir algunas reliquias de sus enfermedades, fuése al dedo con mucha fé, y del todo quedó sana.

Un Padre de los Descalzos Carmelitas fué á Alba, y tomando el brazo de la Madre en la mano y besándole, cortó con los dientes un poquito como una telita muy seca que estaba levantada, y púsolo en un papel, y mirándole á cabo de ocho dias, halló en ello una gota de sangre muy viva que habia pasado tres dobleces del papel. Y espantado mucho de aquello, quitó aquel papel, y puso otro, y salió otra gota de sangre. Esto vieron muchas personas religiosas, y está guardado para memoria del milagro.

Inés de san Alberto, monja Descalza en el convento de Caravaca, habia dos años que estaba tullida en la cama, de manera que para oir misa y comulgar la llevaban cuatro monjas.

Y en esta enfermedad tenia grande ánsia por haber un poquito de carne deste santo brazo, y juntamente gran fé que por ella habia de sanar. Embiáronlo á pedir al Monasterio de Alba, y antes que llegase, pasó un Padre por allí, que traia un dedo de la misma Madre, y pusiéronsele, y estuvo siete dias con grandísimos dolores, y el primero con un temblor y sudor recísimo, y al cabo destos dias, habiéndosele quitado el dedo con un poquito de carne que la embiaron de Alba, se levantó buena, y anda, y sube, y baja las escaleras sin cojear poco ni mucho.

Por medio tambien de los pañitos teñidos de la sangre de la Madre, ha sido nuestro Señor servido de hacer algunos milagros. Una mujer principal de Alba (á quien la Madre queria mucho, y ella tenia gran fé con sus cosas), habia dos años que no oia de un oido, y traia en él gran ruido, y la cabeza tambien tenia mala. Púsose sobre él un pañito destos de la sangre, y luego oyó, y ha quedado sana y buena, y nunca se harta de contar la merced que nuestro Señor la hizo por su sierva.

A una monja Descalza de Alba la dió una muy fuerte melancolía y aprieto de corazon, que la duró ocho dias, y aunque algunos estaba un poco mejor, la volvia luego. Habíanla hecho hartas medicinas, y no aprovechaban, y púsose un dia uno destos pañitos, y quedó buena.

Al licenciado Juan de Medina, vecino de Alba, estando tan malo de cólico, que estaba ya desahuciado, pusieron un pañito destos, y desde entonces comenzó á mejorar, y muy presto estuvo bueno del todo, y desto como de los demás hay hartos testigos.

El licenciado Vallejo, oidor del Consejo del duque de Alba, tenia un niño de dos años, y estaba tan al cabo, que no habia esperanza de su vida, y su padre muy afligido, porque no tenia otro. Embió á llamar á Antonio de Zamora, clérigo y capellan del mismo Monasterio, para que le dijese un Evangelio y le encomendase á Dios, y fuése á una iglesia á oir misa por no ver la muerte de su hijo, y su madre hizo otro tanto. Vino Antonio de Zamora, y pónele un pañito de la sangre sobre la cabeza, y luego el niño revivió, y echó la mano al paño,

holgándose mucho con él, y daba priesa que le levantasen de la cama, y el ama tomóle en brazos, y llevóle á su padre. Pero antes de entrar en la iglesia oyó el padre la voz de su hijo, y pensando ser de otro niño, no quiso volver la cabeza por no quedar con mas lástima viendo que no era el suyo, y entró el ama, y diósele bueno y sano, y llevaba el pañito en la mano, que á nadie le queria dar, y lloraba mucho si se le quitaban. Desto hay muchos testigos en Alba, porque ha poco que pasó, y fué muy público.

A Isabel Hernandez, natural de Alba, dió un dolor de costado muy recio, y estando ya desahuciada, daba mucha priesa que la llevasen alguna reliquia de la Madre Teresa de Jesus, y lleváronla un pañito de sangre, y en poniéndosele sobre la cabeza, luego comenzó á mejorar, y se le quitó del todo la calentura delante del que la puso el paño, que fué un sacerdote, y en levantándose vino á la iglesia á visitar el brazo de la santa Madre. Tambien hubo muchos testigos para esto, y fué dia de los Reyes año de 1588.

En el mismo lugar, don Alvaro de Bracamonte tenia una niña de tres años, que tenia una gran calentura y vómitos de sangre; y una noche, estando tan fatigada, que pensaba se moria ya, Antonio de Zamora, clérigo, hizo traer un pañito de la sangre que él tenia, y delante de los padres de la niña y de hartas personas que allí se hallaron, se lo puso sobre la cabeza, y luego al punto la niña abrió los ojos, y comenzó á hablar con los que estaban allí, y se dejó de quejar, y estuvo buena, que puso á todos grande admiracion. Pasó esto á ocho de marzo de 1587.

Doña Magdalena de Toledo, monja en Alba en el Monasterio de dentro, habia dos dias y mas que tenia una calentura muy recia, y púsose un pañito destos al cuello, y en ese mismo punto se le quitó la calentura.

Mas fresco es lo que ahora diré, porque debe de haber como un mes nada mas ó menos que pasó cuando esto escribo. A la hermana Ana de la Trinidad, monja Descalza de san José

de Salamanca, dió un dolor de corazon, que ella nunca habia tenido, porque tiene buena salud, y apretábala tanto, que casi se desmayaba, y con él la crecia la calentura. Hiciéronla remedios, y no la aprovecharon, y despues pusiéronla sobre el corazon un paño de la misma sangre de la Madre, y ella rogó á la santa Madre que la alcanzase de nuestro Señor que la quitase aquel dolor, y la hinchiese el corazon todo de sí mismo. Como se le puso de allí á un poco, dióla mucha congoja con un sudor en el mismo lugar, y antes de media hora se le quitó el dolor, y nunca mas le ha sentido, y en lo interior tambien sintió la misericordia del Señor, por la intercesion de su sierva. Desto tengo yo buena informacion, porque fuí el que dijo que se le pusiesen.

A mí me aconteció esto, habiendo tenido un mes entero muy grandes dolores en los piés, que no podia casi andar, sino muy poquito, y con mucho trabajo; y no me sirviendo ya los remedios que antes me le solian aplacar, determiné una noche, que fué víspera de los gloriosos Apóstoles san Simon y san Judas, de acudir á la reliquia desta santa, y dejar del todo las medicinas corporales, aunque por lo que antes habia visto entendia que me ponia á peligro de pasar una muy mala noche, dejando aquellas medicinas, y desde que me determiné hasta la hora que se escribe esto, que es á 14 de mayo de 1589 años, no tuve mas dolor recio, porque cuando comenzaba á arreciar llegaba allí una cajita que tenia con un poco de carne de la Madre, y sosegábase el dolor, y he quedado tan bueno desde entonces, que no tengo dolor que me dé pena, ni me estorve á andar cuanto he menester. Tambien habia dos dias que traia un gran dolor en una pierna, y andaba buscando remedios para él, porque me daba harta pesadumbre, y llegué la misma caja, y nunca mas sentí dolor ninguno. Esto fué en fin de abril del mismo año de 1589. Y de allí á quince dias ó algo mas, torné á sentir en la misma parte algun poco de dolor, y volvíme al mismo remedio, y quedé del todo bueno, y nunca mas me volvió, y todo esto dura hasta cuando esto se imprime, que es á principio de julio de 1590 años.

Francisco de Cárdenas, vecino de Alba, tenia, dos años habia, la cabeza abierta, y tbasele pudriendo el casco, y estaba de manera que mas parecia muerto que vivo, los dolores de cabeza eran tan grandes, que de dia y de noche no cesaba de quejarse. Pusiéronle un pañito del ólio que salia del brazo sobre el casco que se le pudria. Y con esto saltóle de la cabeza un pedazo de casco como una mano, y quitósele el dolor de la cabeza, que nunca mas le vino, y comenzó á estar bueno. Y aquel humor de la cabeza bajó despues á los brazos, y le causaba mucho dolor; pero fregándoselos con el mismo paño, se le quitó, y estuvo despues muy bueno.

CAPITULO VI.

De los milagros que se han hecho con hábitos y vestidos de la Madre Teresa de Jesus.

Muchos milagros se han hecho con algunas partecitas de hábitos ó vestidos desta santa, porque estos se han comunicado mas y por mas partes. Una hermana del Monasterio de Alba tenia grande enfermedad del hígado y flemas saladas, y quemábasele la boca, de manera que con tomar tragos de agua fria de rato en rato se sustentaba de dia y de noche, y parecíala que no solo la boca, sino tambien la garganta y las entrañas se le estaban quemando, y cuantas medicinas se hacian no eran de provecho, y duróla esto muchos dias. Y un dia tomó un poco de una manga de la Madre, y púsoselo sobre la garganta, y luego sintió la mejoría, y se le fué quitando del todo, y no le ha vuelto mas.

La misma hermana despues tuvo muy gran mal en la cabeza, que se andaba casi cayendo de dolor, y algunas veces la quitaba el sentido. Púsose en ella otro paño, y quitósele, y háse hallado buena.

Otra hermana se dió un golpe en la boca, é hincháronsele luego la boca y las narices, y tenia gran dolor de dientes; púsose un poco de un manteo de la Madre, y al punto quedó buena del todo.

Otra tenia gran mal de estómago y otros achaques, de